

MARCHENA

Pronto, ¡por San Millán!
corred á la torre grande
y ved si está allí la presa:

(Vanse algunos.)

rompedme esa puerta aprieta,
(Otros lo hacen.)

y ¡ay de aquel á quien demande
la razón de tal sorpresa!

(Entra en la torrecilla alumbrado por los suyos.)

¡Lucas! Dios santo, ¿qué es esto?

(Le desata el pañuelo rápidamente, otros las ligaduras.)

¿Quién de este modo te ha puesto?

LUCAS

Ellos...., el tullido, Juan,
mi sobrino.

MARCHENA

Y ¿dónde están?

LUCAS

Huyen.



MARCHENA

¡Oh día funesto
para mí! ¡Día temido
con razón!

(Ve el puñal clavado en la mesa, y le toma.)

Mas ¿qué estoy viendo?

¡Su puñal!.... ¡Estoy perdido!

(Uno de los ballesteros, que llega.)

Señor, la presa se ha huido.

MARCHENA

Sí, sí; todo lo comprendo.
Torció de mi suerte el fallo
robándola del castillo,
y ¡ay de mí si no los hallo!
¡Pronto, amigos, á caballo
tras del último Carrillo!

(Marchena va hacia la puerta del castillo, asiendo las llaves que lleva á la cintura como con intención de abrirla. Los ballesteros se dispersan en diferentes direcciones: unos rodean á Marchena; otros siguen á Lucas, que se esfuerza en librarse de su modorra; otros suben á la muralla y cruzan las galerías, formando el cuadro de tumulto y afán que exige la escena.)

ACTO CUARTO

Exterior del antiguo molino de Guadalajara, con parte del puente. Á la derecha, el molino, á cuya puerta se llega por un puentecillo de madera tan largo como toda la fachada, y suficientemente ancho para que puedan representar sobre él cinco ó seis personas. Detrás de él arranca, extendiéndose de un lado á otro del escenario, el puente de Guadalajara, y por bajo el único ojo que se presentará en escena se verá la ribera opuesta. El piso del teatro es agua.

ESCENA PRIMERA

LUCÍA y TERESA

LUCÍA

¡Jesús, Teresa, qué afán!
Ya el horizonte esclarece
con el alba, y no parece
nadie. ¡Virgen santa! Y Juan,
cuando esta mañana vino,
dijo que si antes del día
arribar hasta el molino
conseguirse no podía,
tal vez no volvieran más
de esta osada expedición,
y me anuncia el corazón
que se ha perdido quizás,
y entonces, ¡pobre de mí!

TERESA

¿Tanto de ese hombre esperáis,
que así su ausencia lloráis?

LUCÍA

¡Ay, Teresa! Lloro, sí;
que huérfana abandonada,
no me resta sombra alguna
si por mi mala fortuna
me veo de él separada.

TERESA

Parece hombre de valor,
y os quiere, sin duda, bien.

LUCÍA

Nació en Aragón también,
y en la niñez, nuestro amor.
Su padre era un escudero
de la casa de Villena,
y mi padre, de esta buena
familia, palafrenero.
Mas esta casa, la guerra
como otras mil trastornó,
y mi padre sucumbió
de miseria en esta tierra.
Él, aunque pobre y villano,
sirvió á Carrillo de modo,
que parece más en todo,
que su escudero, su hermano.
Y la afición que me tiene
le pago con mi cariño,
pues que le amé desde niño,
á más de que me conviene.

TERESA

Y es ¿cosa de tanto riesgo
ésta en que se ve metido?

LUCÍA

Sin duda; y en mi sentido
va ya tomando tal sesgo,
Teresa, que si pudiera
consistir no más que en mí,
por verlos salvos aquí
un año de vida diera.
Tampoco vienen los otros
aún....; conque aunque aquí lleguen,
será fuerza que se entreguen.

¡Ay! ¡Qué va á ser de nosotros!
Mas, ó el crepúsculo escaso
me engaña....., ó estoy segura
que veo por la espesura
un jinete.

TERESA

Y á buen paso.
¡Oh! Sí, sí, por aquel llano
que se forma en la ribera
le veo ahora.....

LUCÍA

Si fuera
él. Pero ¡Dios soberano!
¡Cayó el caballo!

(Ladran dentro perros.)

TERESA

Y le ayuda
inútilmente á moverse.

LUCÍA

Ya se alza. ¡Oh! Vuelve á tenderse;
cedió al cansancio, sin duda.
Ya le deja, y hacia aquí
se dirige.

TERESA

¡Tarfe, chito!
Se acerca. ¡Calla, maldito!

LUCÍA

¡El es, él es! Ya está aquí.

ESCENA II

JUAN, LUCÍA y TERESA.

JUAN

Ata esos perros, Teresa,
ó van ¡voto á Belcebú!
á vendernos.

LUCÍA

¿Eres tú,

Juan?

JUAN

Yo; mas con tanta priesa,
que me creí que volaba.

LUCÍA

¡Qué cansado estás!

JUAN

Rendido:
y aun gracias que así he podido
llegar aquí.

LUCÍA

¡Ay, Juan! Acaba,
por Dios: ¿qué pasa? ¿Dó quedan
esos amigos?

JUAN

Me siguen
de cerca, mas nos persiguen,
y acaso al cansancio cedan
antes de que puedan darles
socorro; mas ¿dónde están
esas gentes?

LUCÍA

¿Cuáles, Juan?

JUAN

Me he adelantado á buscarles
en su auxilio.

LUCÍA

Aun no ha venido
nadie.

JUAN

¡Cómo! Si García
la hora de rayar el día
les dió.

LUCÍA

Pues no han parecido.

JUAN

Y ya el alba está rayando,
¡Dios del cielo!

(Va á salir: Lucía le detiene.)

LUCÍA

¿Adónde vas?

JUAN

A unirme á ellos.

LUCÍA

Y ¿qué harás
con eso?

JUAN

Morir matando
con ellos, ó todos juntos
salvarnos, como es razón.

LUCÍA

¿Tanta es vuestra exposición?

JUAN

Si los cogen, son difuntos.

LUCÍA

Tente, que por la espesura
les veo ya.

JUAN

(Mirando.)

No los hallo.

LUCÍA

Allí, allí; tres á caballo.

JUAN

Si, sí, ellos son. ¡Oh ventura!
Me habrán, por suerte, seguido
del monte por el atajo,
y aunque con mucho trabajo,
hacerles han conseguido
perder el rastro.

LUCÍA

No sé
cómo entre esos matorrales
pudieron los animales
sacarnos salvos.

JUAN

A fe
que no quedan para más

los pobres; que cuatro leguas
que han galopado sin treguas
y sin dejarlos jamás
tomar aliento, es forzoso
que acaben por reventarles.
Aquí están. Voy á ayudarles
á apearse.

LUCÍA

¡Dios piadoso,
cuáles están! Y ¡cuál viene
esa dama! Cuántas penas
sufrido habrán, cuando apenas
sobre el caballo se tiene.
¡Dios nos ampare en tal cuita!

DOÑA JUANA

¡Jesús!

LUCÍA

¡Ay, pobre señora!

ESCENA III

LUCÍA, TERESA y JUAN; PEDRO con D.^a JUANA
en los brazos.

PEDRO

Que repose un poco ahora
es lo que se necesita.

LUCÍA

Aquí sobre este mullido
de los costales.

PEDRO

Esto era
consiguiente: una carrera
como la que hemos traído,
era capaz, de seguro,
de hacer aliento perder
al cabalgador más duro,
cuanto más á una mujer.

JUAN

Aflojarla ese jubón,
que respire con holgura.

PEDRO

Trae un poco de agua pura;
no es de consideración
el accidente.

LUCÍA
(Con agua.)

Aquí está.

PEDRO

Dame, dame.

LUCÍA

Se ha quedado
como muerta.

PEDRO

No hay cuidado
por esto.

DOÑA JUANA

¡Ay!

PEDRO

Vuelve ya.

DOÑA JUANA

¿Dónde estoy?

PEDRO

Entre leales
amigos.

DOÑA JUANA

¡Ay! Por pérdida
me conté. ¡Jesús, qué huída!
¡Qué saltos! ¡Qué matorrales!
Como en sueño delirante,
en confuso remolino
los árboles del camino
me pasaban por delante.
¡Qué yegua!

PEDRO

Á ella, señora,
por su vigor y pujanza,
debéis la poca esperanza
que nos resta por ahora.

DOÑA JUANA

¿Y Marchena?

PEDRO

Aun está lejos,
pues viendo el rastro perdido,
la carretera ha seguido,
porque á los turbios reflejos
del crepúsculo no pudo
ver que el atajo tomamos,
pues fueron los gruesos ramos
á sus ojos nuestro escudo.

JUAN

De los consejos. los que antes
ocurren: si no tomamos
por el monte, no ganamos
ni un pie sobre esos tunantes.

PEDRO

Mas ¿dónde está nuestra gente?

JUAN

Nadie llegó todavía.

PEDRO

¿Esto más?

JUAN

¡Virgen María!
Y ellos infaliblemente
vendrán por este camino.

PEDRO

Sin duda alguna vendrán,
y á fe que no pasarán
sin registrar el molino.
Fuerza es partir al momento.

DOÑA JUANA

Es imposible.

PEDRO

¿Por qué?

DOÑA JUANA

No puedo mover un pie,
y apenas me queda aliento
para hablar.

PEDRO

Tenéis razón;
mas no se dirá de mí
que un solo instante cedí
por falta de corazón.
García....

ESCENA IV

DICHOS y GARCÍA

A caballo ponte.

Aun puede hacer esa yegua,
sin enfriarla, otra legua.
Corre, pues; cruza ese monte
y subiendo hacia Torija,
con mis jinetes darás
y hasta aquí los guiarás
por la vereda más fija.
Mira: y de paso, del diestro
llévate los tres caballos,
en la espesura á ocultallos,
no marquen el rastro nuestro.
Corre, vuela.

GARCÍA

Al punto voy.

(Vase.)

ESCENA V

JUAN, PEDRO, D.^a JUANA, LUCÍA y TERESA

PEDRO

Mientras, nos defenderemos
aquí, ó aquí moriremos
como aragoneses, hoy.

DOÑA JUANA

Pedro, ya basta: no más
por mí expongas tu persona,
que si el cielo me abandona....

PEDRO

Yo no he de hacerlo jamás.
He jurado á don Enrique
que á su amor os volvería

ó en la empresa moriría;
y es fuerza que testifique
con mi sangre y con mi aliento,
que si me faltó la suerte,
supe sellar con mi muerte
la fe de mi juramento.
Pero lejos todavía
los de Marchena estarán,
y antes tal vez llegarán
mis jinetes con García.

DOÑA JUANA

Quiéralo Dios, buen Carrillo,
que á salir de otra manera,
nuestra sepultura fuera
ese maldito castillo.

PEDRO

Sí, bien lo podéis decir;
mas porque esto no suceda,
haremos cuanto se pueda
de dos hombres exigir.
Por el pronto, un aposento
tomad, en el cual, señora,
podéis á solas ahora
reponeros un momento.

LUCÍA

Uno sé tan escondido,
que á no echar la casa abajo
les ha de costar trabajo
dar con él.

PEDRO

Pues prevenido
tenle, y servidla entretanto
para mudar ese traje,
indigno de su linaje.

LUCÍA

Yo os daré un sayo y un manto
que, aunque algo burdo y grosero,
limpio y cómodo ha de estar.

DOÑA JUANA

¿Has sido tú la que ayer
á Juan has proporcionado
estas ropas, que han salvado
el honor á una mujer?

LUCÍA

Sí.

DOÑA JUANA

¿Con qué os podré pagar
interés tan verdadero?

PEDRO

Con dejaros llanamente
aconsejar y servir
de quien pronto está á morir
por vos; pero que prudente,
antes de este último trance
intentará cuanto quepa
en hombre que serlo sepa,
cuanto en lo posible alcance.
Conque estaos por ahora
aquí dentro retirada,
que por nosotros guardada
estaréis: y antes, señora,
(La aparta á un lado.)
cuatro palabras me oid,
porque es fuerza que pensemos
que tal vez no nos veremos
mas, si se traba una lid.

DOÑA JUANA

¡Pedro!

PEDRO

No es por ponderaros.....;
mas nacido en Aragón,
hablo con el corazón
siempre, y no puedo engañaros.

DOÑA JUANA

Lo sé; y en tanto que viva
no he de olvidar que tú fuiste
el solo que me seguiste
cuando presa y fugitiva.

PEDRO

Don Enrique vuestro esposo
me dió al partir este anillo,
porque por él de Carrillo
en cualquier lance dudoso
os fiarais: yo ofrecí
devolvérsele con vos,

mas de estar entre los dos,
mejor está en vos que en mí.

(Se le da.)

Tomadle, y si es que volver
lográis á sus Reales brazos
y á mí me hacen hoy pedazos
decidle: Hizo su deber.

DOÑA JUANA

Sí le diré y ¡plegue á Dios,
que nos ayude piadoso
á llegar ante mi esposo
á un mismo tiempo á los dos!
Y entonces verás, Carrillo,
cómo sé darte sin pena
todo el feudo de Villena
en memoria de este anillo.

PEDRO

Id, pues, y rogad por mí
al Seberano Hacedor
para que me dé el valor
que nos hace falta aquí.

(La besa la mano y se va la Condesa con Teresa y Lucía.)

ESCENA VI

PEDRO y JUAN

PEDRO

Juan....

JUAN

Pedro....

PEDRO

Viéndolo estás:

nos vuelve el rostro la suerte,
y la hora de la muerte
está sonando quizás.

JUAN

Lo veo: esas esperanzas
con que animarla has querido,
sólo quimeras han sido,
porque tú no las alcanzas.

PEDRO

No, Juan. La gente que traigo,
aunque á don Enrique fiel,

no hará lo que yo por él;
y si entre las manos caigo
de esos traidores contigo,
ellos cumplen con decir
que quién nos mandaba ir
á casa del enemigo.

JUAN

Pues bien; si ellos son capaces
de abandonarnos así,
muramos con honra aquí.

PEDRO

Juan, muy malas cuentas te haces.

JUAN

No te entiendo, Pedro.

PEDRO

Escucha:
dos hombres, por más valientes
que sean, con tantas gentes
no pueden entrar en lucha
sin sucumbir.

JUAN

En buen hora
sucumbamos, ¡vive Dios!

PEDRO

Juan, ¿y para qué los dos?
El paso está franco ahora
de ese puente todavía;
en esa dehesa hay ganado;
toma un potro, y de contado
sálvate tú.

JUAN

Yo creía,
Pedro, que nuestra amistad
estaba más firme en ti.
¿Yo huir dejándote aquí?
¿Lo harías tú?

PEDRO

No, en verdad.

JUAN

Pues yo tampoco. Mi madre
nos dió á ambos á dos el pecho,

y este es un lazo harto estrecho
para que á mí no me cuadre
conservarle bien atado;
y aunque, como tú, no soy
de noble raza, hasta hoy
he ido con honra á tu lado.
La amistad que me dispensas
sin medir nuestros linajes,
hacen míos tus ultrajes
como tuyas mis ofensas.
Y por vengar la traición
que hirió á tu padre y hermanos,
vestí de acero las manos
y de luto el corazón.
Vine á servir á Marchena,
cual sabes, para abrir llana
senda por donde mañana
robárasle á la Villena;
y te serví y te ayudé
con la constante esperanza
de dividir tu venganza.
Y ¿crees que te dejaré
en peligros tan extremos?
No, Pedro, ¡por vida mía!
hemos nacido en un día
y en un día moriremos.

PEDRO

Y ¿quién me vengará á mí
cuando muramos los dos?

JUAN

Pedro, en el cielo hay un Dios,
y Dios es justo.

PEDRO

Sí, sí;

Juan, tienes razón, perdona;
no culpes á mi amistad
de lo que una voluntad
firme y duradera abona.
Por uno te considero
que de los Carrillos resta,
y de su suerte funesta
que participes no quiero.
Harto por ellos hiciste,
Juan, y yo debo pagarte
tus buenos servicios: parte,
pues, á Aragón; tú cumpliste.
Yo no tengo que dejar

en la tierra otra esperanza
que mi honor y mi venganza,
y tú tienes que esperar
de un amor un porvenir.

JUAN

No, Pedro, que en mí el amor
no es primero que el honor,
y con él sabré cumplir.

PEDRO

Créeme.

JUAN

Porfías en vano.
Me tienes por el postrero
de los Carrillos, y quiero
no ser un vil con mi hermano:
no hablemos más.

PEDRO

Sea, pues,
como quieras; pero, Juan,
las horas corriendo van
y mirar fuerza nos es
cómo salir de este paso.
A esa dama compañía
haz, y envíame á Lucía,
que aun salvaros puedo acaso.

JUAN

Lo haré.

PEDRO

Allá dentro te queda
para ampararla; yo aquí
velo; no salgas de allí
suceda lo que suceda.

JUAN

Mas si veo....

PEDRO

¿Qué has de ver?

JUAN

Que te acecha la traición....

PEDRO

Juan, tú harás tu obligación
salvándome á esa mujer.

Si tu destreza ó tu brío
te inspira un medio de hacerlo,
no dudes en emprenderlo
como si fuera en pro mío.

JUAN

¡Tal vez Dios me inspirará!

PEDRO

De todos modos, aquí
mi vida está para ti.

JUAN

La mía, Pedro, allí está.

ESCENA VII

PEDRO. Después. LUCÍA

PEDRO

¡Bizarro mozo, por Dios!
Mas de poco en este día
servirá su bizzaría,
si abandonados los dos
contra tantos nos ponemos;
porque poco puede hacer
la audacia contra el poder,
y á la fin sucumbiremos.
Mas no ha de decirse ¡oh Juan!
que has sucumbido hoy aquí
por no mirar yo por ti,
si en este trance de afán
me ampara el Dios soberano
que el sol por alfombra tiene,
y al universo mantiene
á la sombra de su mano.
Sí, el mundo nos abandona;
pero en peligro tan grave,
yo haré cuanto en hombre cabe
para salvar tu persona.
¡Oh! Hasta los nuestros nos huyen,
que no comprenden ¡menguados!
cómo dos hombres restados
tan noble hazaña concluyen.
Mas ya la aurora del día
empieza á dorar las cumbres
de las desiguales lomas
que el horizonte circuyen,

y á nadie por el camino
todavía se descubre.
¡Oh! ¡Si quisieran los cielos....
Mas ya aquí Lucía acude;
aprovechemos el tiempo.

ESCENA VIII

PEDRO y LUCÍA

LUCÍA

¿Qué me queréis?

PEDRO

Que me escuches:

tú amas á Juan.

LUCÍA

Yo, señor....

PEDRO

En vano es que disimules,
ni con mujeril vergüenza
tu amor inocente excuses.
El te ama también; mas fuerza
es que vuestro amor se frustre,
como á salvarle tú misma
con destreza no me ayudes.

LUCÍA

Hablad, hablad; estoy pronta.

PEDRO

Enemiga muchedumbre
nos persigue.

LUCÍA

Ya lo sé.

PEDRO

Por poco que se apresure,
aquí de un instante á otro
llegar debe, y que se burlen
sus iras es menester.
¿Dices que hay donde se oculten
Juan y esa dama?

LUCÍA

Sí, un cuarto

que al río cae, que está inútil
y sólo Lucas conoce,
y fácilmente se obstruye
su puerta.

PEDRO

A esa dama y Juan,
á ese aposento conduceme,
y allí en silencio mantenles,
donde su vida aseguren,
mientras yo á Gil desoriento
para que allí no les busque.

LUCÍA

¿Vos?

PEDRO

Yo, sí.

LUCÍA

¡Ah! ¿Qué vais á hacer?

PEDRO

Lo que á un buen amigo cumple.

LUCÍA

Pero, señor....

PEDRO

Si á Juan amas
como al parecer presumes,
de esta manera tan sólo
la vida le restituyes.

LUCÍA

Hablad.

PEDRO

El cielo, Lucía,
una chispa de su lumbré
encendió en mi entendimiento,
y á prueba mi ingenio puse
muchas veces con fortuna,
y acaso querrá que triunfe
también hoy aquí, y los ojos
de los impíos ofusque;
que quien en los cielos fía,
jamás al malo sucumbe.
Yo soy, pues, un alcarreño
que los granos te conduce

de un punto á otro, y hoy traje molienda con que te ocupes.

LUCÍA

Pero.....

PEDRO

Lo dicho: un labriego; y si logro que me juzguen por tal, yo mismo á guiarlos me ofreceré tras los que huyen.

LUCÍA

Mas ¿si otra vez vuestra estrella con esa gente os reúne y os reconoce uno de ellos?

PEDRO

No hay nada de que me asuste, Lucía; nadie conoce mi semblante, porque anduve siempre entre ellos disfrazado; y el solo ante quien me expuse tal cual soy, es Lucas Ruíz, que aun dormirá en sueño dulce el opio que con el vino le he dado á beber.

LUCÍA

Me aturde tanta osadía. ¡Esperarles cara á cara!

PEDRO

No te ocupes de mí; sálvalos á ellos si puede ser, y no dudes que no hay más medio, Lucía, con que su muerte se excuse, que yo de aquí les aleje y en tanto huyáis.

LUCÍA

Mas me ocurre.....

PEDRO

¿Qué?

LUCÍA

Que vale más que á mi sola en la casa me juzguen

esos que os siguen, y yo con oportunos embustes y fingida candidez les distraiga y desalumbre.

PEDRO

En vano fueran con ellos tus buenas solicitudes, débil mujer; del temor podrá en ti más la costumbre que la razón, y así harás que doble el mal se acumule sobre nosotros; no: haz tú lo que para ti dispuse, y si un impensado azar mis esperanzas destruye, tiempo hay para ser vencidos sin que la hora se apresure; tiempo hay para que estas aguas en sus ondas nos sepulsen; tiempo hay de rendir el alma, mas no sin que se dispute.

LUCÍA

Sea como vos queréis, pues por más que me repugne ver que solo os exponéis por todos, valor me infunde el ver la seria esperanza que mostráis.

PEDRO

Que disimules el peligro es necesario, que calles y no te turbes cuando el capitán Marchena por nosotros te pregunte. Y en cuanto á los de allá dentro, mucho silencio; asegúrales que todo va bien. Ahora, ve si hay por ahí algo útil á mi disfraz de labriego.

LUCÍA

Si esta ropilla de Agúndez,

(La muestra.)

el recadero de Lucas.....

PEDRO

Trae:

(La toma.)

de estas calzas azules y este traje campesino que adopté, haré que resulte tal vez completa mudanza en mi exterior, si me cubre bien el jubón, y si logro que esta ropilla me ajuste.

(Se mete el jubón y la ropilla.)

¡Perfectamente! Y ya es tiempo de que no figuren esta peluca, estas barbas, y estas pieles que me entumen, y que hasta aquí me han salvado.

(Se quita lo que dice y lo tira al río, y queda con el jubón y la ropilla.)

Vayan, pues, fuera, y si se hundan mis esperanzas como ellos en ese agua que los sume, diré: ¡Fué juicio de Dios, pues hice cuanto hacer pude!

LUCÍA

Mirad; camino adelante se alza de polvo una nube.

PEDRO

Sí, sí; y con el sol que nace, lanzas entre ella relucen.

LUCÍA

(Yendo á suplicarle.)

Señor.....

PEDRO

(Resuelto.)

Excusa los ruegos, y pide á Dios que me alumbre la razón, para dar cabo al empeño en que me puse.

LUCÍA

¿Son ellos?

PEDRO

Ellos son, sí; alerta pues, y ten calma.

LUCÍA

En un hilo tengo el alma.

PEDRO

Silencio: ya están aquí.

(Lucía hace que está ocupada en sus labores. Pedro se sienta como distraído. Un momento después se oye la voz de Marchena, apareciendo á poco sobre el puentecillo y guardándole sus ballesteros.)

ESCENA IX

PEDRO, MARCHENA, LUCÍA y BALLESTEROS

MARCHENA

(Dentro.)

Echad pie á tierra un momento: no pueden haber pasado de aquí, á no haber cabalgado en alas del mismo viento.

(Fuera.)

¡Hola! ¡Ha del molino!

LUCÍA

¿Quién?

MARCHENA

Yo.

LUCÍA

¡Vos, señor capitán!

MARCHENA

Dime, ¿conoces á Juan Pérez?

LUCÍA

(Cortada.)

Yo.....

MARCHENA

Repara bien lo que hablas; di llanamente, ¿le conoces?

LUCÍA

Sí, señor.

MARCHENA

¿Y ha estado aquí ese traidor esta mañana?

PEDRO
(Volviendo de repente.)
Más gente
no ha venido aquí hoy que yo.

MARCHENA
¡Vive Dios! Y tú, ¿quién eres
que ofreces tus pareceres
á quien no te los pidió?

PEDRO
¡Toma, yo soy un paisano!

MARCHENA
¿De qué pueblo?

PEDRO
De Lupiana.

MARCHENA
¿Qué haces aquí?

PEDRO
Esta mañana
he venido.

MARCHENA
¿A qué?

PEDRO
A traer grano.

MARCHENA
¿A qué hora?

PEDRO
Al rayar el día.

MARCHENA
¿Por qué camino has llegado?

PEDRO
Por el monte.

MARCHENA
¿Y te has hallado
con Pérez?

PEDRO
Su Señoría

perdone, mas yo no sé
quién es Pérez; á quien vi
pasar juntitos de mí,
y si no les deajo, á fe,
libre de pronto el sendero,
me matan.....

MARCHENA
Acaba; ¿á quién?

PEDRO
Señor, ó yo no vi bien,
ó el uno era un molinero.

MARCHENA
¿Joven?

PEDRO
Un chico.

MARCHENA
¿Y los dos
que le seguían?

PEDRO
Soldados
me parecieron.

MARCHENA
¿Armados?

PEDRO
Sí.

MARCHENA
Son ellos, ¡vive Dios!

PEDRO
Por señas, que iba clamando
el chico: «No puedo más.»
Y los otros dos, ¡zas, zas!
le iban la yegua arreando.

MARCHENA
Ellos son.

PEDRO
Pues no estarán
muy lejos, no, que el ganado
llevaban ya reventado.

MARCHENA
Cien doblas se te darán
si tras ellos nos conduces
al punto.

PEDRO
¿Por eso á mí
cien doblas?

MARCHENA
Helas aquí.

PEDRO
(Se santigua.)
Me dejáis haciendo cruces.
¡Yo tal riqueza!

MARCHENA
Echa, pues,
sobre un caballo, y partamos.

PEDRO
¿Yo cien doblas?

MARCHENA
Vamos.

PEDRO
Vamos.

¡Ahí es nada, San Ginés!
¿Cien doblas? ¡Qué fortunón!
No les perderé la pista.

(Aparte á Lucía.)
(En perdiéndonos de vista,
vosotros hacia Aragón.)
(Van á salir, y Marchena se detiene oyendo la voz
de Lucas.)

LUCAS
(Dentro.)

¡Eh! Capitán, capitán,
teneos.

MARCHENA
¿Qué es eso?
BALLESTERO 1.º
Es uno
de los nuestros.

TOMO III

MARCHENA
¡Ese tuno
es Lucas!

PEDRO
(¡Por San Millán!
Lucas es, ¡perdido soy!)

LUCAS
Yo soy, que con el camino
me he despejado del vino,
á Dios gracias, y aquí estoy.

ESCENA X

DICHOS Y LUCAS

PEDRO
(Á Marchena.)
Vamos, señor, no perdamos
el tiempo, y tanto se alejen,
que sin su rastro nos dejen.

MARCHENA
Tienes razón; vamos, vamos.
(Á Lucas.)
Síguenos.

LUCAS
¿Dónde?

MARCHENA
Tras ellos.

LUCAS
Primero escuchadme á mí
dos palabras.

MARCHENA
Pronto, di.

LUCAS
De Alcalá, con los cabellos
salí erizados de espanto,
y un atajo que yo sé
tomando, hallaros logré
á pesar del adelanto.

MARCHENA
(Con impaciencia.)
¡Eh, necio!

LUCAS
No, no, esperad,
que al tomar esa ladera
me topé esta friolera.

MARCHENA
¡Su collar!

LUCAS
Así es verdad;
y unos pasos adelante,
seña hay de haberse tumbado
un jaco, que han arrastrado
al río; conque entre el guante
y el rastro, declaran bien
que no han podido pasar
de aquí, y por aquí han de estar,
y es preciso que aquí estén.

MARCHENA
No; pasaron ya de aquí.

LUCAS
Es imposible, á pie.

MARCHENA
No;
montados.

LUCAS
¿Quién los vió?

PEDRO
Yo.

LUCAS
¡Calla! Y tú, ¿qué haces aquí?
¿Quién eres tú?

PEDRO
Yo un paisano.

LUCAS
¿De qué lugar?

PEDRO
De Lupiana.

LUCAS
Como que estoy yo con gana
de desmentirte.

PEDRO
(Sin poderse contener.)
¡Villano!

LUCAS
(Retrocediendo.)
¡Cielo! Esa voz....., ese gesto.....,
esos ojos....., los he visto
no hace mucho..... ¡Jesucristo!
¡Él es, él es.....; presto, presto,
capitán, echadle mano;
aquí están los del castillo!

MARCHENA
¿Conoces tú á ese villano?

LUCAS
Sí.

MARCHENA
¿Quién es?

LUCAS
Pedro Carrillo.

MARCHENA
¡Cielos!

LUCAS
Este me embriagó;
este es el loco, el tullido,
el tartamudo.

PEDRO
Yo he sido;
Pedro Carrillo soy yo.
Yo soy, Marchena, tu sombra,
tu pesadilla, tu sino.

MARCHENA
Y hoy me tiende mi destino
tu cadáver por alfombra.

Ve cuando das en mis manos:
los Inocentes son hoy.

PEDRO
Por eso en pedirte estoy
á mi padre y mis hermanos.

MARCHENA
¿Qué podréis contra mi estrella?

PEDRO
Pienso apagarla yo.

MARCHENA
¿Y la Condesa?

PEDRO
Partió.

MARCHENA
¡Mientes! Partieras con ella.

PEDRO
Cayó mi caballo allí,
y á esperarte me quedé.

MARCHENA
¡Mientes! ¡Mientes! Está aquí.
(Marchena hace un movimiento para entrar. En esto,
por el lado del río saltan al agua Juan y la Condesa, y
un momento después asoman los de D. Enrique por la
opuesta orilla.)

PEDRO
Estuvo, pero se fué:
mírala, y la predicción
de tu horóscopo destruye
si de las manos se te huye.

MARCHENA
(Asomándose.)

¡Es ella!..... ¡Condenación!
(Á los suyos.)
¡A mí! ¡A mí!

PEDRO
¡Atrás, villanos!
(Los ballesteros no osan pasar el puente.)
¿No veis que á mi alrededor
lidiarán en mi favor
las almas de mis hermanos?
(Á Marchena.)

Marchena, si en tu castillo
tu sino feliz se encierra,
dice al par, que entre agua y tierra
morirás por un Carrillo.
(Le da con un hacha y cae al río.)
¡Muere así, pues!

MARCHENA
¡Ay de mí!

PEDRO
(Á la Condesa que ha llegado á la otra orilla.)
Ya estáis en salvo, señora;
mi juramento cumplí.
(Á los de Marchena.)
¡Ea, traidores! Ahora,
vuestra salvación estriba
en daros á don Enrique.

LUCAS
Pues si no es más, no se pique.
¡Viva don Enrique!

TODOS
¡Viva!

(Pedro queda de pie sobre el puentecillo. Lucas, descu-
bierta la cabeza para vitorear á D. Enrique. Los balles-
teros sueltan sus armas. En la otra orilla, la Condesa
desmayada en brazos de Juan y rodeada de García y los
suyos, forman otro segundo cuadro.)